

# Cartas a la revista

## A vueltas con la Castellana

Estimados compañeros:

Qué mal tirados 7.000 ejemplares de nuestra revista profesional en la publicación n.º 222. «La Castellana», qué gran tema para escribir, para pensar... y todo se quedó en un «paradigma Capitel» y penosas consideraciones Pérez Pita.

Atentamente,

**Elías Rodríguez-Viña Glez.**

Querido amigo,

Te envío una carta disquisición muy personal, pero también muy sincera —pese a sus tonos cáusticos o polémicos, sobre el tema «Castellana».

Creo que es importante abrir y ampliar polémicas concretas y superar estrictas especializaciones profesionales (los urbanistas publican en Ciudad y Territorio, v. g.).

Sólo te ruego que si no le podeis dar cabida en el próximo número de vuestra, por asegurar la continuidad en la discusión, me lo hagais saber y me reenvíeis el trabajo.

Un abrazo

**Ramón López de Lucio**

### A vueltas con la Castellana: Intervención marginal en una discusión académica

«La majestad de los cargos públicos debe corresponderse con la de los edificios donde se ejercen; la grandeza de la arquitectura está unida a la de la ciudad y la estabilidad de las instituciones se suele medir por la solidez de los muros y bóvedas que las cobijan» (\*).

En los últimos dos años algunas revistas profesionales dedican una notable atención al Paseo de la Castellana madrileño; como eje «capaz de sintetizar el conjunto de la cultura arquitectónica y de las distintas intervenciones urbanas a lo largo del tiempo» (1), como locus privilegiado en que se realiza, por obra y gracia del gran capital, la añorada «ciudad análoga» de dicha cultura. Lo primero que habría que preguntarse es la causa de este creciente interés por la arquitectura bancaria, hotelera y empresarial.

Quizá la respuesta sea que la arquitectura —y con ella la crítica profesional— siempre ha sentido una irresistible atracción por los temas y los edificios que en cada momento histórico representan y ensalzan el poder —los patronos áulicos, los clientes de excepción que, asalariando para su mayor gloria o beneficio— a técnicos y artistas, les permiten magnánimamente gozar de los reflejos de aquélla, amplificadas en los particulares parnasos que cada profesión busca como medio de autoidentificación, de jerarquización de los valores y de las obras individuales.

«Los hombres más poderosos han inspirado siempre a los arquitectos; el arquitecto ha estado en todo momento bajo la sugestión del poder...

La arquitectura es una especie de elocuencia del poder expresada en formas, elocuencia que unas veces persuade e incluso lisonja y otras veces se limita a dictar órdenes» (2).

Sólo en momentos críticos, momentos de debilidad, los poderes constituidos, por ejemplo, en torno a la gran crisis de 1929, los ojos se vuelven hacia los problemas cotidianos, hacia la ignorada ciudad real; la arquitectura académica de los cenáculos desciende —es demasiado difícil, arriesgado, incluso inelegante, ignorar por más tiempo la situación— a la calle repleta de irrelevantes datos empíricos, de incómodas evidencias sociológicas. No deja de ser curioso e instructivo como en la actualidad, instalados desde 1973 en una crisis de amplitud y proporciones desconocidas, se trate —en un intento por lo demás inútil— de ignorar la situación, de refugiarse por enésima vez en los profesionalismos, en las autonomías disciplinares.

En arquitectura este repliegue adopta las maneras de un nuevo eclecticismo, de urgentes recuperaciones historicistas, de interés por los grandes estilos, de atención a la gran arquitectura. De ahí la ambigua recuperación de los años 40, las infinitas propuestas compositivas en base al inocuo juego de ajedrez de los ensanches, los arriesgados «interventos» sobre los tejidos históricos (3) (¡qué lejos y «pasado de moda» queda ya el conservacionismo de los 60!), la atención renovada hacia los nuevos monumentos multinacionales que decoran los grandes ejes de las capitales del capital.

Paradójicamente parece buscarse la respuesta a las incertidumbres del futuro en los símbolos de las instituciones y las clases que atentan a la esperanza en el presente, en la existencia incluso de ese futuro...

La segunda pregunta que, ingenuamente, me planteo a continuación es el porqué de la ignorancia o el desinterés hacia los aspectos procesuales, históricos, funcionales implicados en la construcción y reconstrucción de ejes representativos como el de la Castellana. ¿Quizá por que el dato histórico o económico, el análisis de contenidos, no interesa por su obviedad, por su sempiterna recurrencia a la cantinela de la especulación?

Eso se nos viene a decir: la arquitectura es un «todo significante», como objeto de arte posee sus propias leyes y expresa formalmente sus propios contenidos. Pero entonces, ¿qué significado tienen aseveraciones tales como que «la transformación del Paseo y la finalización del Generalísimo son de un resultado muy precario en cuanto a imagen se refiere» o que en la calle de Alcalá la ordenación y la arquitectura «han caminado parejas, persiguiendo objetivos lúcidos y sencillos, por lo que el resultado es bastante satisfactorio» (4).

¿Es que acaso el resultado en términos contables —y de imagen también— es menos satisfactorio para el Bankinter de la Castellana que lo fue hace 50 años, y lo sigue siendo, para el Banco Central de Alcalá? ¿De qué «imagen», de qué «escenario» se nos habla? En cada momento histórico las instituciones dominantes se expresan físicamente de acuerdo con códigos diferentes, que expresan sus necesidades objetivas vestidas de las formas y tecnologías más prestigiosas y modernas.

El Banco de Bilbao de Saenz de Oiza, aparte su factura exquisita que nadie niega, expresa —incluso con independencia de los deseos y los gustos de su autor, más bien diríamos del intérprete profesional y colegiado de la necesidad objetiva del edificio mismo— con su colosal altura y rotundidad, con su privilegiada situación en el vértice de los ejes Castellana-Rondas, con sus destellos tornasolados que pueden cegar al desprevenido transeúnte, la gloria y la potencia del gran capital financiero.

«El más alto sentimiento de poder y de seguridad se expresa en aquello que posee “gran estilo”. El poder que no tiene ya necesidad de ninguna prueba; que desdeña el agrandar; que difícilmente da una respuesta; que no siente testigos a su alrededor; que vive sin tener consciencia de que exista contradicción contra él; que reposa en sí, fatalista, una ley entre leyes: esto habla de sí mismo en la forma del gran estilo» ... (5).

Y así, como describe esta incursión del incómodo «intempestivo» de Sils-Maria, así se expresa este edificio; ese vacío —que entendemos sienta Capitel en la Castellana, pero que creemos erróneamente reprocha a los arquitectos o a disposiciones urbanísticas «mal concebidas» o «contradictorias»— es el vacío que el irresistible poder financiero de nuestros días crea a su alrededor; *sin necesidad de testigos «de a pie»*, sin necesidad de configurar un espacio urbano concreto, «compacto y continuo», marco de la vida colectiva, de esa añorada «vida urbana»; rotundo, inexpugnable pero visible y observable como un monolito vivo, increíblemente habitado por dentro, dictando leyes que nos afectan a todos, que, a su debido tiempo, podrán contribuir a la realización de nuestro destino —arquitectos, críticos, urbanistas, todos por fin hermanos.

Porque lo que nos resulta atractivo de la calle de Alcalá o de la Gran Vía es la expresión que son de un poder aún menos omnimodo —aunque ya inmenso—; es nuestra *nostalgia* de un equilibrio hace tiempo sobrepasado, que cobra su carácter atractivo para nosotros tan sólo por el transcurso del tiempo.

En la calle Alcalá o en Gran Vía la gloria del poder se expresa colectivamente, todavía no se individualiza de esa manera provocativa y arro-



lladora que nos desagrada en la Castellana; lo significativo en sí es la *calle*, con su anchura de 35 a 50 m., inusitada en su época, con la altura de sus edificios, con la solidez y la riqueza de sus paramentos y de sus aditamentos —columnatas, frontones, chapiteles, carros capitolinos, aladas figuraciones del dinero—, cada uno tratando de individualizarse, de sobrecoger un instante pasajero, en esa «sinfonía» que la uniformidad de la alineación y la obligada medida de las medianeras compartidas procuran. Pero, pidiendo excusas por la incursión de la historia (¡ah, si se pudiera eliminar la memoria colectiva!), recordemos un instante el precio que pagó la ciudad vieja y sus habitantes por la composición de esa sinfonía llamada Avda. de José Antonio (¿hasta el 25 de junio?). Porque, queramos o no, ésa es la medida de referencia cuando se habla, más aún cuando se juzga y se «compara», de una imagen, de un escenario urbano.

Si no es muy fácil caer en los apriorismos estéticos del «me gusta»/«no me gusta», sin salida posible, salvo la delimitación precisa de los cam-

pos del confort personal y de las afinidades grupales.

En Alcalá, en Gran Vía los bancos coexisten con los hoteles, los almacenes, los cines, las viviendas, con las cafeterías y las zapaterías, incluso con las iglesias (¿qué iglesias hay en el eje Castellana?); —lo espiritual es un poder en decadencia, lenta (no hay necesidad de alarmarse) y coexisten con una densidad y compacidad muy distinta a como lo pueden hacer en determinados tramos del otro eje, el «representativo»—, en la obscura contraposición terminológica entre «funcional» y «representativo» que plantea otro reciente trabajo sobre la Castellana (6).

En la Gran Vía o en Alcalá ningún agente urbano es tan poderoso aún —o tan orgulloso— como para definir su propio espacio, como para controlar su imagen total; el poder financiero se expresa aún colegiada o corporativamente, define «su» calle, se individualiza en esquinas privilegiadas o en fachadas ampulosas pero continuas.

La calle se define todavía como un espacio de uso colectivo, el tráfico rodado se adapta aún a las reglas del peatonal —longitud total, anchura de las aceras, frecuencia de las interrupciones—. La carga simbólica, la lectura del mensaje de poder que transmite cada edificio, se realiza *frontalmente*; porque la velocidad peatonal lo permite. La lectura axonométrica o perspectiva es, sin embargo, una lectura a «vuelo de pájaro», a alta velocidad; una fachada plana, continua, sería omitida y esto no lo consiente el banco correspondiente. La Castellana corresponde a un estadio del desarrollo del capital que ha hecho posible —lujo asequible a la vez que necesidad insoslayable para su desarrollo— la posesión cuasimayoritaria de un automóvil.

Los mensajes en la Castellana saben ser visibles, legibles, a distancia y a velocidad; de ahí la disposición exenta de sus hitos, de ahí la transición desde el eje de Prado-Recoletos, más antiguo, al de la Castellana, re-construidos, y al de Generalísimo, proyectado ex-profeso.

La diferencia entre el «strip» de Las Vegas y la Castellana no es otro más que el tipo de mensaje (de orden) a transmitir. Aquél, por su ligereza y liviandad, puede adornarse con la policromía pasajera y frágil de los fluorescentes y las arquitecturas feriales; éste, encarna la médula del sistema, sólo admite la solidez en el dominio de las tecnologías de última hora (o de penúltima —muros cortinas, estructuras colgadas—, España país subimperialista, Banco de Bilbao, Torres de Jerez, la contención en el adorno con los ropajes de las modas más sugerentes (el edificio artefacto, **Banquión**; el edificio cascada; el edificio-pedestal, la **Unión** y el **Fénix**; el edificio-espejo de **Carvajal**; el edificio-pirámide; el edificio-encaje; etc.).

No busquemos en la Castellana el espacio para vivir, ni siquiera para vivir el consumo colectivo

de la compra en la zapatería de lujo —sería un descrédito para el Banco que controla las fábricas que surten a los almacenistas que a su vez... etc.

La Castellana es un espacio representativo y funcional; representativo de las firmas que son capaces de comprar 1.500 m<sup>2</sup> de su suelo (¿cuántos cientos de millones?), de soslayar o modificar ordenanzas y derribar palacetes de una aristocracia hace decenios suburbanizada, representativo de una sociedad industrial desarrollada y orgullosa de su «desarrollo», de una concentración monopolista que traduce la estructura económica y política del país en unas docenas de «leyes» autónomas que se expresan a sí mismas en sus edificios, que deben ser por tanto diferenciados, individualizables: brillantes, resplandecientes, altísimos, delicadísimos, mastodónticos, etc.

De igual manera que se utilizaron los eclecticismos de fin de siglo para individualizar fachadas, se emplean ahora las tecnologías, los colores, los materiales, a fin de construir referencias inusitadas pero prestigiosas, casi todas las posibles: el agua, rumorosa, el sol cegador, el oro y la plata, la pirámide imperial, la columna que toca —quizá sostiene— el cielo...

A lo mejor lo que nos quiere decir **Capitel** y otros críticos es que este espacio de referencias abstractas y aisladas, de hitos monolíticos encerrados en su poder que a su vez nos tiende redes indescifrables e inevitables (¿quién ocupa ese despacho de la planta dieciséisava de la **Unión** y el **Fénix**? ¿cómo es y qué piensa?), que éste es un *espacio inhumano, imposible*.

Pero esto —que es realmente el subtexto, la lectura íntima de aquellas quejas— no es un problema ni de «arquitectura», ni de «urbanismo» (contraposición ensanches/ciudad abierta), ni de composición. Es, señores, otro problema.

Y como esto quería sólo ser una intervención marginal no nos adentremos ahora en su investigación. Maestros tiene la Santa Madre Iglesia. ■

Ramón López de Lucio  
Junio, 1980

- (1) A. CAPITEL: «Un paseo por la Castellana. De Villanueva a "Nueva Forma"». *Arquitecturas-bis* 23-24, 1978.
- (2) F. NIETZSCHE: «*Crepúsculo de los ídolos*», 1888.
- (\*) ALBERTI: «*De re aedificatoria*» 1558.
- (3) Como última muestra, después de las «Romas interrrotas» y de los Seminarios de Santiago, etc., la exposición sobre las «10 immagini per Venezia»: «Mostra dei progretti per Cannaregio Ouest. Venezia ala Napoleonica. Aprile, 1980.»
- (4) Citas extraídas del artículo de A. CAPITEL, «A vueltas con la Castellana: su transformación arquitectónica reciente», *Arquitectura* n.º 222, enero-febrero 1980.
- (5) F. NIETZSCHE: «*Crepúsculo de los ídolos*», 1888.
- (6) E. PEREZ PITA: «Madrid, la Castellana. Consideraciones acerca del Eje Norte-Sur de Madrid», *Arquitectura* n.º 222, enero-febrero 1980.